

Dejando a un lado el cultivo de las plantaciones de café, the, caña de azúcar y especias que los holandeses han introducido entre los javaneses, pandanges y habitantes de la fértil Minahassa como los españoles el del tabaco y cacao entre los filipinos, cultivos que naturalmente aparecen con grandes diferencias así en punto a extensión como en variedad, dejando esto a un lado, decimos, veremos que la agricultura indígena y sobre todo el cultivo del arroz nos ofrece gran diversidad de grados. Es indudable que aun antes del período europeo la influencia de una civilización superior hizo progresar notablemente aquella agricultura en el archipiélago occidental: Java, Sumatra y las Filipinas, en donde existían en otro tiempo hasta sesenta variedades de arroz según afirma Jagor, están en este concepto muy por encima del resto de las islas, como lo demuestra la comparación establecida respecto de esto entre los battas y los dajakes. Schreiber, en el eruditísimo paralelo entre estos dos grandes pueblos, dice: «Ambos pueblos viven principalmente de la agricultura y en primer término del cultivo del arroz, pero éste está muy extendido entre los battas que lo cultivan en arrozales (*saba*) puestos en forma de bancales y á menudo regados por largos canales artificiales; estos campos de arroz pueden ser continuamente cultivados y los bancales en que se desarrollan están amurallados. Los dajakes, en cambio, no han aceptado todavía este sistema más perfecto sino que cultivan el arroz en trozos de bosque roturados y sin riego artificial, de suerte que cada dos años se ven obligados á labrar nuevos campos.» Y sin embargo no son los battas los que mejor practican este cultivo sino que aquel remoto y poco visitado archipiélago de Nias, en las costas de Sumatra, que probablemente fué colonizado por los battas, proporcionó, hace 40 años, con sus ricos productos comparados con los de la madre patria una prueba á Junghuhn en pro del siguiente hecho general: «la industria heredada y el bienestar llevado á las colonias subsisten, á menudo todavía en éstas cuando la madre patria ha entrado ya en el período de decadencia y á veces alcanzan mayor florecimiento aun después que ésta ha vuelto á su antiguo estado de barbarie.» Entre algunas tribus de Luzón, como por ejemplo las de los tinguianos é igorrotas, ha alcanzado también gran perfección el cultivo del arroz con sus riegos artificiales, sus diques contra las inundaciones, etc. En cambio es sumamente exiguo este cultivo en las comarcas orientales del archipiélago en donde prevalece el del sagú, como acontece en Timorlaut.

Con la recolección del arroz no termina el trabajo pesado, pues á esta gramínea se dedica una gran parte del trabajo diario. Con la molienda del arroz en cáscara comienza la labor de la mujer que en las activas aldeas battas empieza antes de la salida del sol: esta operación, como entre nosotros la trilla, permite que desde muy lejos se adivine la presencia de seres humanos á ella dedicados, pues durante la misma se charla y se retoza del mismo modo que en nuestras fuentes públicas. Los morteros consisten en trozos de tronco puestos de pie ó echados y las manos de almirez son pedazos de madera dura cuya longitud es, á veces, de 3 metros. Algunas veces los morteros para moler el arroz están labrados en una roca y los niños imitan el trabajo de las personas mayores moliendo en pequeños agujeros que practican en la piedra. Después de molido el arroz es purificado revolviéndolo para ello en escudillas de madera cuadradas y luego se procede al escaldamiento del mismo. El trabajo diario del hombre comienza generalmente después de la primera comida que se toma entre siete y ocho; esto, sin embargo, no impide que en caso de necesidad aquél se vaya dos horas antes á trabajar su cam-

po de arroz. Bock, hablando de las aldeas dajakes del Sud de Borneo, dice que cada mañana á cosa de las siete, hombres, mujeres y niños crecidos se preparan para dirigirse al trabajo de la misma manera que el cazador se arma para ir de caza. Además del arroz, cultívanse en los huertos que hay junto á las chozas, maíz, caña de azúcar y plátanos, pero de estos vegetales sólo se planta lo necesario para el consumo propio y de aquí que cuando se pierde la cosecha del arroz se deja sentir infaliblemente la carestía. Al ponerse el sol regresan los dajakes de sus pesadas faenas llevando los hombres un haz de leña y las mujeres algunas frutas; estas últimas tienen, luego, que moler el arroz y llenar de agua los cacharros de bambú. Únicamente los ancianos y las personas ocupadas en construir cabañas ó canoas dejan de tomar parte en los trabajos agrícolas.

El cultivo del arroz exige muchos cuidados aun entre los dajakes, que por cierto no figuran en el número de los mejores agricultores del archipiélago, pues la siembra se hace primeramente en armadías cubiertas de tierra que mantienen constantemente húmedos á los tiernos vástagos; más adelante, las pequeñas plantas son trasladadas á los campos siendo la extirpación de las malas hierbas que en éstos crecen una de las principales tareas de las mujeres. Más difícil es proteger á los arrozales contra las devastaciones de los jabalíes y de los ratones; á las destrucciones causadas por estos animales atribuye Bock principalmente el hecho de que los dajakes cambian cada 4 ó 5 años de sitio para hacer sus plantaciones de arroz.

Como aperos de labranza encontramos, además del *mandau* con el cual se arrancan los matorrales y se cortan los tallos, la azada cuya hoja de hierro va atada con tendones cruzados á un mango de madera dura y por medio de éste y á menudo con cauchú está adherida á un puño largo, arqueado y algo adornado las más de las veces (véase el grabado de la pág. 605). Las mujeres emplean en sus trabajos en vez del *mandau* un pequeño cuchillo. Los igorrotas siegan también el arroz con un cuchillo de pequeñas dimensiones y en forma de arco con el que cortan tallo por tallo. Son ocupaciones semi agrícolas la recolección de resina (*damar*) para espesar las cajas de madera y fabricar antorchas, de cauchú y de cera de las colmenas silvestres y en algunas comarcas también la recolección de los llamados nidos comestibles y finalmente la corta de *rattan* ó *rotén*: este vegetal tan indispensable á esa población para la construcción de cabañas, canoas y gran número de utensilios constituye un codiciado artículo de comercio, de modo que de él hacían un monopolio los príncipes borneanos.

Grandes son las diferencias de intensidad con que, por lo general, se practica la agricultura; los que á mayor altura han llegado, prescindiendo de las influencias europeas, son los battas. Los habitantes de Java, Bali y Lombok ejercieron ya antes del influjo europeo su cultivo de bancales en gran escala, pero puede afirmarse que éste es muy probablemente de origen indio y que sólo gracias á la pacífica administración de los holandeses ha alcanzado el grado de perfección en que hoy se encuentra. Los battas de los territorios altos de Sumatra utilizan un arado cuya reja, consistente en una plancha de hierro estrecha y bastante delgada, va fijada en un mango de madera (véase el grabado de la pág. 609); al extremo del mismo hay una lanza sencilla con un yugo de madera para uno ó dos búfalos. Los battas de Tobah pretenden haber inventado este arado, cosa que Hagen considera verosímil, puesto que este pueblo reúne todas las condiciones necesarias para el trabajo de este instrumento, como son: grandes llanuras, abundancia de animales de tiro y la necesidad de cultivar gran-

des extensiones de terreno gracias á la poca productividad de la tierra. En las Celebes meridionales, en donde Wallace encontró también un rastrillo de madera, usábase un arado análogo al de aquellos battas pero con la diferencia de que la reja era de una madera dura de palmera. Los battas emplean para desmenuzar los terruños en vez de rastrillo una maza de madera. Las grandes extensiones de terrenos que encontramos sin bosque y que en Sumatra indican las residencias de los battas demuestran que éstos tenían antiguamente un sistema de agricultura más extensivo que exigía mayor espacio. En la actualidad este pueblo es más sedentario que el de los dajakes á pesar de dedicarse simultáneamente á la agricultura y á la ganadería, tan á propósito esta última para favorecer las tendencias á ocupar vastos territorios. En algunas comarcas los battas abonan sus campos llevando á ellos el abono en cestas ó haciendo que á ellos lo conduzcan unos canalizos que arrancan del kral del ganado. En el archipiélago oriental no se emplea el abono.

Lo que el arroz entre los malayos occidentales es el sagú entre los orientales, empezando en el Norte de Borneo en donde constituye el fruto principal de los milanos. Los bosques son considerados como bienes comunes y sólo por acuerdo del común pueden ser cortadas las palmeras sagú. El tronco de la palmera se raja por medio de una espada y con una azada de bambú se extrae el meollo en él contenido que luego se machaca con una maza de piedra. El aparato que sirve para el lavatorio está fabricado con hojas del propio árbol: la vasija está formada por hojas entrelazadas, troncos de hoja colocados unos sobre otros constituyen un sistema de canalizos para el lavaje y el tamiz que lleva el aparato está hecho con corteza. En Ceram, según afirmación de Joest, puede un hombre proporcionarse por este sistema en un mes una cantidad de sagú tal que con la mitad tenga para alimentarse durante todo el año proporcionándole el resto un recurso para adquirir por medio de cambio objetos de adorno, cuchillos, etc.: los territorios del Oeste de Ceram abastecen con sus sobrantes á una porción de islas vecinas. Wallace calcula que el valor del alimento que en un año consume un hombre en este país del sagú no pasa de 12 marcos imperiales.

Las fiestas que con motivo de la cosecha se celebran demuestran la importancia que en la vida de los malayos tiene la agricultura puesto que en ese pueblo amante de los recogijos ocupan un lugar preferente y aun el primero y principal en algunas tribus. También se celebra con festejos la época de la siembra del arroz. Los maanjanés de Borneo hacen sacrificios en cuanto el primer arroz alcanza el estado de madurez: la ceremonia consiste en enviar una parte del grano á la aldea, en matar una gallina, en cebar simbólicamente una piedra de afilar y los aperos que se utilizan para los trabajos agrícolas y en celebrar luego un pequeño banquete. También se hace un sacrificio cuando en el período de la plantación, es decir, en noviembre, aparece el *sinrik*, pequeño pájaro (probablemente una especie de *motacilla*) que en abril emigra nuevamente al Norte, que es considerado como mensajero de un espíritu y al cual se sacrifica una gallina ó un cerdo (*ngampudi sinrik*). A estos dos sacrificios que anualmente se celebran en cada casa son invitados todos los habitantes de la aldea.

La naturaleza opondrá estrechas barreras á la ganadería en la mayor parte de los territorios malayos, pero aun haciendo caso omiso de esta circunstancia los malayos á quienes no pueden atribuirse con seguridad como animales domésticos originarios más que el cerdo, el perro y la gallina á los cuales agregóse desde muy antiguo el búfalo, los

malayos — decimos — no son en modo alguno un pueblo ganadero, de suerte que aun en aquellas comarcas ricas en magníficos prados, como en Timorlaut, poca ó ninguna representación tiene esta rama de la actividad humana. Este pueblo apenas utiliza los bueyes y los caballos ni siquiera en los territorios, como Tobah, en que tanto abundan estos animales, arando únicamente con búfalos. Sólo los battas son grandes ganaderos en el verdadero sentido de la palabra, pues consagran no pocos cuidados á sus rebaños de vacas, búfalos y cerdos; esto no obstante, no ordeñan las vacas ni los búfalos, empleando principalmente á estos últimos para el laboreo de los inundados arrozales. Modernamente también Bali obtiene importantes productos de su industria pecuaria. La cría de caballos es una de las ocupaciones predilectas de los naturales de Tobah que sacan de ella muy buenos resultados, por más que el sistema en ella seguido sea bastante primitivo, siendo los poneys de Tobah, desde hace algunos años, uno de los más importantes artículos de la exportación de Sumatra. Es verdaderamente extraño que los battas apenas utilicen los caballos. Los búfalos aparecen aun en aquellos territorios en que no hay bueyes. Los cerdos, los perros, las gallinas y algunas veces también los gatos de corta cola que encontramos asimismo en Borneo, constituyen el principal contingente de los animales domésticos; en los territorios elevados aumentase este grupo con las cabras. Algunas tribus dajakes y filipinas son, al parecer, muy aficionadas á la carne de perro, pero como este animal es muy útil para la caza, sólo se matan y comen los perros enfermos ó gravemente heridos. Es asimismo muy importante la cría de patos entre los tagalos, balineses y sassakos que hacen de estas aves gran exportación. Hans Meyer dice que los igorrotas de Luzón crían caballos y perros únicamente para comérselos. Lo que cuenta Langenhoff de los malayos de Malaca diciendo que las mujeres amamantan á los monos para comérselos una vez cebados debe ser seguramente hijo de una equivocación. Por lo demás, los habitantes de los territorios cubiertos de bosques y abundantes en animales son muy aficionados á los animales comestibles de los cuales suelen rodearse.

La abundancia de animales que encontramos en las residencias malayas hace que el trabajo de la caza quede pródigamente recompensado, de modo que en todas las grandes islas hay tribus especiales de cazadores que, como los lubus de Sumatra, sacan de la caza su alimento y recursos para sus cambios: entre estos últimos hay algunos como el bezoar, los cuernos de rinoceronte, la bilis de tigre y otros de los cuales la superstición de los malayos y casi aun más la de los chinos hace elementos preciosos de la materia médica ó de la milagrería. Schadenberg dice hablando de la caza de los ilongotes: «Cuando quieren disponer una gran cacería se reúnen varias familias que emplean para ella grandes redes de *abacá* (*Musa textilis*) de 10 metros de largo y 1 y  $\frac{1}{2}$  de ancho que se tienden entre grandes árboles de modo que la pieza levantada se vea obligada al llegar á ellas á tomar una dirección determinada y á ir á un determinado sitio, en donde la esperan los ilongotes con sus perros, lanzas y flechas. Los animales cazados son inmediatamente abiertos en canal y los desperdicios se echan á los perros siempre hambrientos.» No carecen esos indígenas de valor como lo demuestra el ejemplo del famoso cazador Beccaris que mató el solo 14 tigres. En cambio hay en Java, Luzón y otras islas tribus agrícolas que ignoran casi por completo el ejercicio de la caza. Los malayos son maestros consumados en la preparación de trampas, habiendo contribuido poderosamente á ello la

necesidad de resguardarse contra las devastaciones de los grandes y peligrosos mamíferos que en tanta abundancia allí se encuentran. Veth hablando de la Sumatra central describe en los siguientes términos una trampa para coger tigres: consiste ésta en una jaula estrecha pero alta de troncos enlazados con fuertes cañas españolas cuya puerta se cierra en cuanto el animal la traspone; una cabra ó un perro sirven de cebo. Algunas de estas trampas tienen dos puertas que se cierran á la vez de modo que el tigre ni puede evadirse ni devorar el cebo. Otros cavan fosos amurallados que se ensanchan por abajo. Para la caza del búfalo-carabao salvaje disponen los ilongotes una especie de trampa consistente en una gruesa rama arqueada y provista



Cajas cilíndricas de bambú para betel y tabaco de los redjanges, Sumatra (Museo Etnográfico, Munich)  $\frac{1}{2}$  de su verdadero tamaño.

de ramas de roten que se endereza rápidamente cuando el animal pasa por ella quedando éste fuertemente cogido hasta que perece por inanición ó herido por las lanzas de los cazadores. Hasta los miserables negritos de Luzón poseen perros de caza que, á pesar de estar siempre medio muertos de hambre, son muy útiles para cazar ciervos, según afirma Wallis. La caza de pájaros se verifica con habilidad suma por medio de redes y de varetas de liga. Entre los maanjanos de Borneo los hombres están casi constantemente ocupados durante el período de las lluvias en la caza de un pequeño papagayo llamado *tawi* (*Palaornis longicauda*) que es muy sabroso, en adiestrar á los pájaros reclamos (*kasis*) que para ella se usan, en tejer jaulas para los mismos y en preparar liga y varetas de liga. Los bugis se entregan á la caza del ciervo á caballo como á un *sport* favorito.

Para la pesca se emplean redes, anzuelos, cestas, lanzas y hasta tóxicos que envenenan las aguas. En muchos puntos esta industria no sólo proporciona alimento á los pescadores sino que los pescados secos, ahumados ó salados constituyen un importante artículo de comercio. La pesca y el comercio que de ella es consecuencia adquieren grandes proporciones en Filipinas gracias probablemente á la

influencia china, de aquí que las aguas en donde se pesca sean arrendadas á un precio subido por los príncipes indígenas. Los malayos de la costa son los que especialmente se dedican á la pesca marítima y á las ocupaciones afines de coger tortugas, nidos comestibles y méntulas marinas. Los viajeros describen en muchos puntos montones de conchas (*kjokkenmoddings*); los que se encuentran en las Andamanes, en donde actualmente sólo se come la *Cyrena*, contienen conchas de *Arca* y de ostras.

La alimentación de la mayor parte de las tribus malayas es principalmente vegetal; en unas, especialmente en las occidentales como por ejemplo en toda Sumatra, el principal manjar es el arroz, en otras es el sagú, viniendo en segundo término el pescado. Son muchos los que únicamente comen carne en las grandes solemnidades. Más adelante hablaremos de la antropofagia. Gracias á la predilección que muchas tribus malayas sienten por la pesca, por la vida de la costa y por los barcos, los productos del mar, las asterias inclusive, constituyen poderosos elementos de alimentación y adquieren doble importancia en aquellos puntos en que se les necesita como especias para sazonar el insipido arroz cocido simplemente en agua. Además de las leyes que sobre manjares ha introducido el islamismo en estos territorios, existen en ellos reglas indígenas muy antiguas que no conocemos muy exactamente pero cuya existencia resulta comprobada por observaciones como la que hace van Devalls cuando dice que los mondanges de Borneo no comen carne de caza y otras análogas. Es notable la insensibilidad respecto de la carne pasada sobre la que tantas veces se ha llamado la atención. Los tagalos han aprendido de los chinos á considerar como golosinas los huevos pasados y los polluelos recién nacidos.

La costumbre de mascar betel está extendida por todo el territorio; quizás falte en algunas comarcas remotas, pero de todos modos es más general que la de fumar tabaco que no encontramos en la isla de Ceram. Los tagalos sienten verdadera pasión por el tabaco pareciéndoseles en esto todos los malayos mahometanos. Los viajeros describen en Borneo una pipa de agua hecha con un pedacito de madera de hierro muy dura que se clava en un bambú lleno de agua con objeto de enfriar el humo; en Luzón hay pipas para tabaco copias de los modelos chino-japoneses y únicamente destinadas á dosis de tabaco del tamaño de una haba (véase el grabado de la página 613). «Todos estos pueblos están tan acostumbrados al goce del tabaco que sin éste es muy difícil tratar con ellos; una distribución pródiga de este narcótico es el mejor medio para atraerse las simpatías de esta gente y para hacerla trabajar con gusto» dice A. B. Meyer después de haber tratado durante mucho tiempo á las tribus malayas. El placer del tabaco viene inmediatamente después del del betel. La planta de tabaco era objeto de cultivo en el interior de Borneo, en las apartadas Molucas y en Timor aun antes de la llegada de los europeos que, como es sabido, han hecho de Luzón, Java y Sumatra centros importantes de cultivo de este vegetal; el tabaco es actualmente en todas partes un artículo de comercio codiciado. El fumar y el mascar tabaco no bastan á esos indígenas sino que algunos de ellos, como los dajakes, tienen la extraña costumbre descrita por Schwáner de ponerse entre los labios y lamer bolitas de ceniza de tabaco. Michielsen nos ha dado recientemente la siguiente descripción: «Con el tabaco (entre paréntesis muy malo)

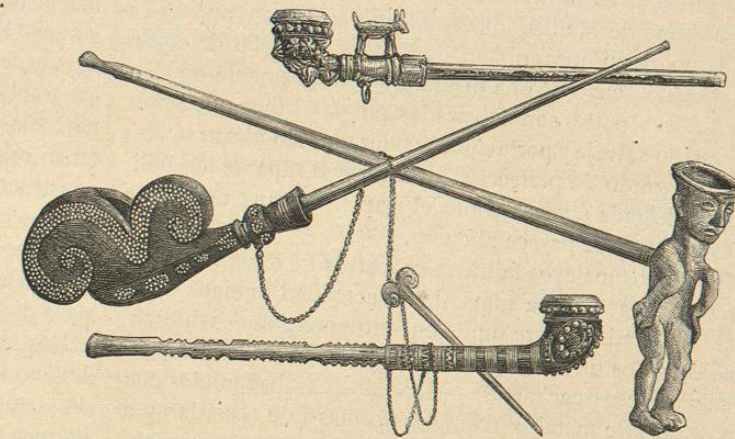
cortado en partículas muy pequeñas llénanse grandes cilindros hechos con hojas verdes de plátano; las mujeres son las que principalmente fuman estos cigarros, lo cual no es tarea fácil, gracias á lo mal que arden. Terminada esta difícil tarea, mójase la ceniza con saliva y se hacen con ella unas bolas del tamaño de un huevo de paloma que proporcionan á los dajakes el placer antes mencionado.» Los vicoles de Luzón mascan los cigarros con betel.

Los chinos han extendido de tal manera por el archipiélago malayo la costumbre de fumar opio que el gobierno colonial holandés obtiene de la venta y arrendamiento de este producto unos 14 millones de florines: el 90 por ciento de esta cantidad procede de Java y de Madura, prueba de que son los javaneses los que más dominados se hallan por este vicio.

En un principio el consumo de bebidas espirituosas estaba mucho más limitado que en los demás puntos del globo. Ciertamente el vino de palmera era de uso común en muchas partes abundando también bebidas ligeramente alcohólicas hechas con arroz y caña de azúcar, pero en cambio Bock no vió en Borneo ningún malayo ni dajake que bebiera ninguna bebida alcohólica; los mismos indígenas de Sumatra rara vez beben otra cosa que leche de coco y agua. Estos pueblos no son muy aficionados al café y prefieren la no muy agradable infusión de hojas de esta planta. Los chinvanos de Formosa fabrican una bebida fermentada con arroz ó mijo empleando para ella en vez de levadura harina de arroz que también se da á mascar á las mujeres faltas de menstruación.

Los idiomas malayos tienen palabras especiales para nombrar el hierro y el oro, de lo cual deduce Crawford que esos pueblos conocieron estos metales antes de que á ellos llegaran las influencias de las civilizaciones india y china. También parece que ha de haber en estas lenguas un nombre especial para el acero. Aunque el alcance de esta deducción no puede ser en definitiva resuelto, cabe afirmar que todos los pueblos malayos conocieron perfectamente la utilidad del hierro habiendo algunos sumamente hábiles en su preparación, por más que en la actualidad sea extranjero una gran parte del hierro que en ese país se trabaja. Bock, en su viaje al través del territorio de los dajakes famoso por sus armas, dice: «Por más que ví trabajar y afilar las hojas en estado de rudeza, nunca pude ver una mina ni un horno de fundición ni averiguar de dónde se sacaba el material bruto.» En Sumatra se encuentran antiguas fundiciones abandonadas, pero los battas sólo trabajan en la actualidad el hierro extranjero; en cambio en Menangkabau fúndese el hierro en hornos de 2 metros de altura por 3 de ancho, forjándose allí cañones de fusil y fundiéndose hasta piezas de artillería. Las minas de hierro y de cobre son explotadas por medio del fuego. En Banjermassing y en Palembang florece en gran escala una fabricación de armas indígena que recibe el hierro de las Cebeles y de Timor, y cuyas hojas damasquinadas pueden competir con los productos de esta clase de los más famosos centros manufactureros de Oriente. Los malayos de Sarawak, Borneo, son también hábiles manipuladores del hierro y no menos que ellos los de la costa Sudeste, en donde Nagara abunda en grandes fábricas de armas. En Bruni y en Sarawak se trabaja en grande escala el latón y el oro. Los filólogos afirman que en las partes orientales del archipiélago, especialmente en las Molucas, el oro y la

plata son designados con nombres javaneses, lo cual parece indicar que estos metales fueron allí introducidos más tarde desde el Oeste; esa afirmación se hace especialmente respecto de Amboina y de Buru. Los orang-ulus de Sumatra llevan como adorno anillos de cobre. Los battas resultan más hábiles en la preparación del cobre que en la del hierro; en esta última son superiores á ellos, por lo menos en punto á fabricación de armas, los mismos dajakes salvajes. Antiguamente los igorrotos sólo emplearon, al parecer, para la confección de sus armas y adornos el cobre, dedicándose activamente á la explotación de las minas de éste y marcando muy cuidadosamente los terrenos para las calicatas. Es digno de notarse que habitantes de islas cercanas, como por ejemplo Banka y Biliton, se diferencian entre sí en materia de conocimientos metalúrgicos hasta el punto de que los últimos sepan preparar el hierro, cosa que por completo desconocen los primeros, es decir los orang-gunungs, que tan atrasados se hallan en todo lo relativo á la cultura. La manipulación del fuelle construido con pie-



Pipas para tabaco de los igorrotos y guinanos de Luzón (Colección del Dr. Hans Meyer, Leipzig)  $\frac{1}{3}$  de su verdadero tamaño.

les por el sistema de la doble bomba es igual que en la India y en Africa; pero hay además de esta otra forma que nos describe Hans Meyer hablando de un herrero igorrote y que consiste en un fuelle vertical compuesto de dos troncos huecos y con algunos tubos de aire que llegan hasta el suelo: esta forma es menos común que la anterior. En clase de instrumentos encontró Martens en la choza de un herrero malayo de Borneo el martillo, el cincel, el taladro y el hacha, «pero, en cambio, no encontré las tenazas que tan indispensables son entre nosotros. En el martillo y en el hacha la pieza de hierro sólo está adherida al mango de madera por medio de un roten hendido; para el mango se escoge un trozo de rama bifurcada, clavándose el hierro en el pedazo principal que se deja muy corto y sirviendo la parte más delgada de puño.» Mucho antes de la llegada de los europeos ya se recogía en el archipiélago oro en abundancia; los españoles encontraron en Luzón y en Mindanao el polvo de oro que los indígenas empleaban como moneda. El oro era, además, un importante artículo de exportación de Sumatra, Malaca y Borneo. Los malayos de las islas occidentales son aficionados al oro para aplicarlo á los más variados adornos y lo muy extendido que su uso se encuentra parece demostrar la mucha antigüedad de su aplicación. Entre los mismos battas hay hábiles forjadores de oro y de plata que ejecutan trabajos de filigrana.

El arte de hilar y el de tejer están muy generalizados: el huso y la rueca recuerdan con frecuencia á los instrumentos análogos de los europeos. Hasta los primitivos dajakes